

CAPÍTULO XII

La moneda rusa

Ya hemos dicho que Luisa procuraba ser feliz. Pero ¡ ay ! la cosa no era fácil.

Su amor por Salvato era cada vez más intenso ; en las mujeres, y sobre todo en las del carácter de Luisa, el entregarse al amor sin reserva lo aumenta en lugar de disminuirlo.

El amor que inspiraba á Salvato rayaba en adoración.

Pero había dos manchas oscuras en la vida de la pobre Luisa : una, que se presentaba de cuando en cuando á su mente y que sólo las caricias de Salvato le hacían olvidarlas, era el hombre, entre padre y esposo, de quien recibía á intervalos iguales cartas siempre afectuosas, pero en las cuales ella sabía encontrar una profunda tristeza. Respondíalas con otras llenas de sentimientos filiales ; pero la otra mancha, mancha sombría y de luto, era la

implacable idea de que ella era causa de la prisión de los dos Backer cuyas vidas estaban en peligro.

Por lo demás, la vida de los dos jóvenes amantes había llegado á ser poco á poco más íntima y común. Todo el tiempo que Salvato no empleaba en el desempeño de sus deberes militares lo consagraba á Luisa.

Según los consejos de Miguel, la San Felice había perdonado á Giovanina su extraña salida.

En medio de los graves acontecimientos que tenían lugar, y de los más graves aún que se preparaban, los ánimos, menos preocupados de los asuntos domésticos que de la cosa pública, apenas fijaron la atención en la intimidad de Salvato y de Luisa. Esta intimidad, por lo demás, por grande que fuese, no tenía nada de escandalosa en un país cuya lengua, careciendo de la palabra *querida*, la reemplaza por la palabra *amiga*.

Suponiendo que con su indiscreción hubiera pretendido Giovanina perjudicar á su señora, puede asegurarse que no lo había conseguido.

La doncella estaba sombría y taciturna, pero había dejado de ser irrespetuosa.

Sólo Miguel había conservado en la casa, á donde iba con frecuencia, su alegre tranquilidad. Habiendo obtenido el famoso empleo de coronel á que jamás

se hubiera atrevido á aspirar en los sueños más insensatos de su ambición, pensaba no obstante algunas veces en cierta cuerda que se balanceaba en el aire y que él sólo veía; pero esta visión aumentaba su alegría y le hacía exclamar, palmo-teando con estrépito:

— ¡Qué se me da á mí! no se muere más que una vez.

Una mañana que iba de casa de Assunta á la de Luisa, al pasar por la puerta del *beccaio* y detenerse, como de costumbre, le pareció que cambiaron de conversación y que se hacían señas que querían decir: « ¡Prudencia! que está ahí Miguel. »

Era Miguel demasiado cauto para darse por entendido y demasiado curioso para no procurar saber lo que le ocultaban. Habló un momento con el *beccaio*, que la echaba de furibundo republicano, sin poder sacar nada en limpio; pero al salir de su tienda entró en la carnicería de Cristóforo, enemigo del *beccaio*, por aquello de ¿quién es tu enemigo? el de tu oficio.

Era este Cristóforo patriota de buena fe, y había observado gran agitación toda la mañana en el Mercado Viejo, y la causa era, según él, la distribución de monedas extranjeras de plata y oro á los partidarios de los Borbones por un tal Coscia,

antiguo cocinero del cardenal Ruffo y por otro desconocido.

— ¿Y has visto tú esas monedas, compadre? dijo Miguel.

— Sí, pero no las he conocido.

— ¿Podrías procurarme alguna?

— Nada más fácil.

— Yo conozco quién me dirá de dónde vienen. Toma para cambiarlas.

Y así diciendo, Miguel le dió una porción de monedas napolitanas.

El carnicero volvió á poco con una moneda de plata, del valor de un ducado, aunque más delgado.

Dióle mil vueltas Miguel sin poder dar con la nación á que pertenecía y recomendando á Cristóforo que se informara de lo que pasaba, y que lo pusiera inmediatamente en su conocimiento, continuó en su camino.

Al pasar por el palacio de Angri supo que Salvato había salido hacia ya más de una hora y fácilmente adivinó que estaría en la casa de la Palmera.

Salvato pasaba de la casa de la Palmera á aquella alcoba donde pasó tantas horas de dulces y crueles emociones, y de esta manera, mientras estaba al

lado de Luisa, el público creía que visitaba á la duquesa de Fusco.

Miguel, que no tenía las mismas razones para ocultarse, llamó á la puerta del jardín, que Giovanna le abrió inmediatamente.

Hablaba poco el flamante coronel con la criada desde que sospechaba que no se conducía como debiera con su hermana de leche. Contentóse con saludarla y pasó adelante.

El lazzaroni tenía una manera especial de llamar por la cual era conocido. Los jóvenes amantes le conocieron, y la dulce voz de Luisa pronunció la palabra: « Entrad. »

Encontró Miguel á Salvato y á Luisa sentados en un sofá y ella con la cabeza apoyada en el hombro de Salvato que la rodeaba con sus brazos.

Luisa lloraba y Salvato parecía resplandeciente de orgullo y de gozo.

Miguel sonrió; parecióle ver á un esposo lleno de satisfacción al anuncio de su futura paternidad.

Cualquiera que fuese, por lo demás, el sentimiento que inspiraba la alegría del uno y las lágrimas de la otra, debía quedar secreto, porque al ver á Miguel, Luisa puso un dedo en sus labios en señal de silencio.

Salvato se inclinó hacia adelante y ofreció la mano á Miguel, diciéndole:

— ¿ Qué hay de nuevo ?

— Nada y mucho.

— Veamos.

— Una lluvia de oro que cae no se sabe de dónde.

— ¿ Una lluvia de oro ? Supongo que te habrás puesto bajo de la gotera.

— No, señor; pero he puesto el sombrero y he aquí las gotas que he recogido.

Y presentó al general la moneda que le había procurado el carnicero.

— ¡ Ah ! dijo Salvato al verla, es un rublo de Catalina II.

— ¿ Un rublo ? ¿ qué significa un rublo ? preguntó Miguel.

— Como si dijéramos un ducado ruso. Catalina II es la madre de Pablo I el emperador reinante.

— ¿ Reinante en dónde ?

— En Rusia.

— Sea en hora buena ; hace tiempo que nos los habían prometido. ¿ Acaso han llegado ya ?

— Así parece, respondió Salvato.

Levantóse y añadió:

— Esto es grave, querida Luisa, y me veo

obligado á dejaros porque no hay tiempo que perder.

— Id, dijo la joven, con la dulce resignación que había llegado á ser su rasgo dominante desde el desgraciado suceso de Baker.

Luisa sentía, en efecto, que no se pertenecía á sí misma; que, como la Eufemia de la antigüedad, era una víctima en manos del destino, contra el que no pudiendo luchar, intentaba vencerlo con su resignación.

Salvato la estrechó en sus brazos diciéndole:

— Hasta la vista.

— Hata la vista, respondió la joven. ¿Cuándo será?

— Lo más pronto posible; sólo junto á ti puedo vivir, sobre todo después de la nueva feliz que acabas de darme.

Luisa ocultó su cabeza en el pecho de Salvato, pero Miguel pudo ver el rubor que cubrió su semblante.

La noticia que Salvato, en su egoísta orgullo, calificaba de feliz, era que Luisa era madre.

CAPÍTULO XIII

Las últimas horas

VEAMOS de qué manera había hecho su aparición la moneda rusa en el mercado de Nápoles.

Llegó el cardenal el 3 de Junio á Ariano, pueblo situado en la cumbre de los Apeninos. No había entonces más camino que la vía consular, que va de Nápoles á Brindis, y por el lado de Nápoles es tal la pendiente, que las sillas de posta sólo con yuntas de bueyes podían subirla. En el fondo de aquella garganta corre el Cerbaro, torrente impetuoso, por cuya orilla trepa el camino que va de Ariano al puente de Bovino. El declive de esta montaña está sembrado de rocas, de manera que un centenar de hombres podían detener á todo un ejército. En aquella posición debió detenerse Schipani, y si lo hubiera hecho así, habría, á su turno, detenido la marcha triunfal del cardenal. Éste, por el contrario, no quedó

poco sorprendido al llegar á Ariano sin obstáculo.

En lugar de enemigos, encontró en Ariano el campamento ruso.

Al día siguiente le presentaron dos individuos que se decían comerciantes de granos que iban á la Pulla para hacer sus compras. Interrogóles Su Eminencia y reconoció en uno de ellos á su antiguo cocinero Coscia, que más parecía satisfecho que contrariado por la detención.

Una vez reconocido, besó la mano al cardenal, según la costumbre napolitana, y comprendiendo que su antiguo cocinero tendría algo reservado que decirle, llevólo con su compañero á una casa aislada y le preguntó:

— ¿ Venís de Nápoles ?

— Salimos ayer mañana, respondió Coscia.

— Entonces podréis darme noticias frescas.

— Sí, Eminentísimo señor, con tanta más razón cuanto que venimos á pedirselas á Vuestra Eminencia.

Ambos mensajeros eran agentes de la junta realista y ésta deseaba saber si los rusos habían en efecto llegado, pues en tal caso contaban su triunfo como seguro.

El cardenal se apresuró á mostrarles el campamento ruso, diciéndoles que aquello no era más que

la vanguardia, y que el grueso del ejército venía detrás.

Aunque menos incrédulos que Santo Tomás, pudieron, como el santo, ver y tocar, porque el cardenal les dió un talego de rublos para que los repartieran á sus buenos amigos del Mercado Viejo.

Ya hemos visto de qué manera cumplió Coscia su encargo.

Salvato comprendió inmediatamente la gravedad del suceso ; los rusos se habían unido al cardenal, y los turcos no tardarían en hacerlo.

Antes que llegara la noche no se hablaba en Nápoles de otra cosa.

Al volver al palacio de Angri recibió Salvato noticias más desastrosas todavía.

Héctor Caraffa estaba cercado en Pescara, y no podía ir al socorro de Nápoles, que con razón lo consideraba como uno de sus mejores defensores ; y Bassetti, nombrado por Macdonald jefe de las tropas regulares, derrotado por Fra Diávolo y Mammone, acababa de entrar herido en Nápoles.

Schipani, derrotado también á orillas del Sarno, se había refugiado con un centenar de hombres en el puerto de Granatello, y por último, el mismo

Manthonnet, que había salido al encuentro del cardenal, contando con que se le reuniría Héctor Caraffa, vióse enuelto y acosado de tal manera por las poblaciones rurales sublevadas, que tuvo que desistir de su proyecto sin pasar de Bafa y retirarse más que de prisa.

Suspense quedó Salvato al saber estas noticias. Tomó un carruaje y corrió á la casa de la Palmera.

No tomó como de costumbre la precaución de entrar por la casa de la duquesa de Fusco y llamó á la puerta del jardín, que le abrió Giovanina, lanzando un grito de sorpresa al verlo, pues nunca entraba por aquella puerta.

Salvato le preguntó por su señora. Y como no respondiese la apartó suavemente con la mano, sin percibirse siquiera que ella la tomó entre las suyas y la besó con pasión.

Estaba Luisa en la misma habitación en que la dejó Salvato. Al oírle llegar por el lado opuesto al que tenía de costumbre, corrió á su encuentro alarmada.

El joven tomó entre las suyas sus dos manos y lo miró durante algunos segundos con sonrisa mezclada de dulzura y tristeza inexplicables.

— Todo está perdido, dijo al fin. Dentro de ocho

días, Ruffo y su gente estarán en Nápoles; es preciso tomar un partido ahora mismo.

— Habla, dijo ella.

— En las circunstancias actuales, tres caminos podemos seguir.

— ¿ Cuáles ?

— El primero es montar á caballo con cien bravos calabreses, arrollar cuanto se nos ponga al paso y encomendarte al comandante de la guarnición francesa de Capua. Si es preciso capitular, serás comprendida en la capitulación y estás salvada.

— ¿ Y tú te quedarás en Capua ? le preguntó Luisa.

— Mi puesto está en Nápoles, pero cuando mis deberes me dejen libre, correré á tu lado.

— ¿Cuál el segundo ?

— Tomar la barca del viejo Basso Tomeo, quien irá con sus tres hijos á esperarte á la tumba de Scipioni, seguir la costa de Terracina hasta Hostia y de allí por el Tiber hasta Roma.

— ¿ Vendrás conmigo ?

— Imposible.

— Dime ahora el tercer camino.

— Quedarnos aquí, defendernos lo mejor posible y esperar los sucesos.

— ¿ Qué sucesos ?

— Las consecuencias de una ciudad tomada por asalto, las venganzas de un rey cobarde y por tanto implacable.

— ¿Nos salvaremos ó moriremos juntos?

— Es probable.

— Entonces que démonos.

— ¿Es tu última palabra, Luisa?

— La última, amigo mío.

— Reflexiónalo. Volveré esta noche.

— Vuelve, pero te diré como ahora, si te quedas yo también.

— Salvato miró su reloj.

— Son las tres, dijo, no hay que perder un momento.

— ¿Te vas?

— Voy á San Telmo.

— También está mandado el fuerte de San Telmo por un francés ¿por qué no me confías á él?

— Porque no lo he visto más que un momento y me parece un miserable.

— Los miserables hacen á veces por dinero lo que las grandes almas por afecto.

Salvato sonrió y dijo:

— Voy á tentarlo.

— Ve, amigo mío; cuanto hagas estará bien, con tal de no separarnos.

Salvato le dió un último beso, y por un sendero que borda la montaña desapareció detrás del convento de San Martín.

El coronel Mejean, que desde lo alto del castillo se cernía sobre la ciudad y los alrededores como un ave de rapiña, reconoció á Salvato. Conocía de reputación su carácter franco y honrado, antípoda del suyo; tal vez lo odiaba, pero no podía menos de estimarlo.

Entró en su gabinete, y como á los hombres de esta especie no agrada la claridad, corrió las cortinas y se colocó de espaldas á la luz, de manera que su falsa mirada no pudiera ser espiada.

Algunos segundos después, le anunciaron al general Salvato Palmieri.

— ¡Que entre! dijo el coronel.

Entró Salvato y cerróse la puerta.

CAPÍTULO XIV

Un hombre honrado propone una mala acción que gentes honradas cometen la tontería de rehusar

La conversación duró una hora; Salvato salió con la cabeza baja, dirigiendo en torno suyo sombrías miradas.

Descendió la cuesta que conduce de San Martín á la Infrascata, tomó un calesín y corrió al Palacio Real donde residía el Directorio.

Su uniforme le abrió todas las puertas y penetró hasta la sala de sesiones.

Encontró á los directores reunidos y á Manthonnet refiriéndoles el estado de los asuntos.

El cardenal está en Ariano, á cuatro jornadas de Nápoles;

Sciarpa en Nocera, á dos jornadas de Nápoles;

Fra Diávolo en Sessa y Teano, también á dos jornadas de Nápoles.

La república, en conclusión, está amenazada por napolitanos, sicilianos, ingleses, toscanos, romanos, rusos, portugueses, dálmatas, turcos y albaneses.

El relator estaba sombrío, y los que lo escuchaban no lo estaban menos.

Cuando entró Salvato todas las miradas se fijaron en él.

Manthonnet concluyó, y dijo el presidente:

— ¿Tenéis algo nuevo que anunciarnos, querido Salvato?

— No, tengo una proposición que haceros.

Conocían el fogoso valor y el patriotismo inflexible del joven general y lo escucharon.

— ¿Os queda alguna esperanza después de lo que acaba de decirnos el valiente general Manthonnet?

— Bien poca.

— ¿En qué se funda esa poca?

Todos callaron.

— Es decir, continuó Salvato, que no os queda ninguna, y que procuráis haceros ilusiones.

— ¿Y á vos os queda alguna?

— Sí, en el caso de que se haga al pie de la letra lo que yo diga.

— Hablad.

— ¿Estáis todos dispuestos á morir por la patria?

— Todos, exclamaron levantándose á un tiempo.

— No lo dudaba, exclamó Salvato con su calma habitual; pero muriendo por la patria no se la salva, y ante todo es preciso salvar la patria... Cuando Macdonald fué llamado á la alta Italia y los franceses salieron de Nápoles, os felicistais al veros libres de ellos. Vuestro amor propio nacional, vuestro patriotismo os cegaron cuando en realidad dabais el primer paso hacia la esclavitud.

La vergüenza coloreó los semblantes de todos, y Manthonnet murmuró:

— ¡ Siempre el extranjero !

Salvato se encogió de hombros.

— Soy más napolitano que vos, Manthonnet, replicó Salvato; vuestra familia, originaria de Saboya, sólo vive en Nápoles desde veinte años, y mis abuelos han nacido y muerto en Nápoles. Dios quiera darme la suprema dicha de morir como ellos. No sé á los que llamáis el extranjero; pero sé á los que llamo mis hermanos. Mis hermanos son los que quieren, como yo, la dignidad del hombre por la independencia de la patria. Sean franceses, turcos ó tártaros, desde que penetran en la noche que me rodea con una antorcha en la mano y las palabras de progreso y libertad en la boca, esos hombres son hermanos míos. Los extranjeros para mí son los napolitanos, mis compatriotas, que á las órdenes

de Ruffo reclaman el poder para Fernando y quieren imponernos de nuevo el despotismo de un rey imbécil y de una reina prostituída.

— ¡ Habla, Salvato, habla !

— Pues bien, os diré que sabéis morir, pero que no sabéis vencer.

Estas palabras produjeron profunda conmoción en la asamblea.

Manthonnet se volvió bruscamente hacia Salvato.

— Sabéis morir, repitió el joven general, pero no sabéis vencer, y la prueba está en que Bassetti, Schipani, y vos mismo, Manthonnet, todos habéis sido vencidos.

Manthonnet bajó la cabeza.

Los franceses, por el contrario, saben morir y vencer. Fueron vencidos en Cotrona, donde no había más que 32; 45 murieron en el combate y 11 salieron heridos; pero supieron vencer en Cívita-Castellana luchando 8,000 contra 40,000.

Nadie le respondió.

— Sin los franceses moriremos tan gloriosamente como queráis, pero moriremos desesperados, dudando de la Providencia, y diciendo: « ¡ Virtud, no eres más que una vana palabra ! » Y lo que hay de más terrible es pensar que la república morirá con nos-

otros, en tanto que con los franceses venceremos y la república se salvará.

— Es decir, exclamó Manthonnet, que los franceses son más valientes que nosotros.

— No, nadie es más valiente que vos, que yo y que Cirillo que me escucha; y cuando llegue la hora de morir, confío en que probaremos que nadie muere con más valor que nosotros. También Kosiusko era valiente, pero al caer dijo estas terribles palabras, que tres desmembramientos han justificado: *Finis Poloniae*. Nosotros repetiremos esta frase al caer, por nuestra pobre patria; pero lo repito, si no por nosotros al menos por nuestros hijos, que tendrán que recomenzar nuestra penosa tarea, más vale no caer.

— Pero, ¿dónde están los franceses? preguntó Cirillo.

— Ahora, bajo de San Telmo, respondió Salvato.

— ¿Conocéis á su gobernador? le preguntó Manthonnet.

— Sí, es un miserable, y he ahí por lo que puede tratarse con él. Me vende mil franceses.

— No tiene más que quinientos, exclamó Manthonnet.

— ¡ Por Dios! dejadme concluir. El tiempo es precioso, y si pudiera comprar tiempo como hom-

bres, lo compraría. He dicho que nos vende mil franceses.

— Derrotados como estamos, aun podemos reunir doce ó quince mil hombres, dijo Manthonnet. ¿ Y pensáis hacer con mil franceses lo que no podéis con quince mil napolitanos?

— No, pero con 15 mil napolitanos y mil franceses, haré lo que no haría con 30 mil napolitanos solos.

— Nos calumniáis.

— ¡ Dios me libre! ¿ Creéis que si Mack hubiera tenido mil veteranos acostumbrados á la victoria, vuestra derrota habría sido rápida y vergonzosa? Mil franceses, querido Manthonnet, forman un batallón, fortaleza viviente, que resiste á la artillería y á la caballería; mil franceses son una muralla detrás de la cual el soldado valiente poco acostumbrado al fuego, se rehace y reforma. Dadme el mando de 12 mil napolitanos y mil franceses, y antes de ocho días os traigo aquí al cardenal Ruffo atado de pies y manos.

— ¿ Y es indispensable que seáis vos quien los mande? dijo Manthonnet.

— Tened cuidado, le dijo Salvato, no dejéis roer vuestro corazón por un sentimiento de envidia.

Bajo la plácida mirada de Salvato, se ade-

lantó Manthonnet y le dió la mano, diciéndole :

— Perdonad, caro amigo, á un hombre mortificado aún por su última derrota. ¿ Me aceptaréis por segundo si os dan el mando ?

— Continúad, Salvato, dijo Cirillo.

— Es necesario que yo mande, porque los mil franceses que serán la columna de bronce en que deberé apoyarme, me conocen ; saben que he sido no sólo el ayudante sino el amigo de Championnet, y que si hubiera querido seguir á Macdonald á la alta Italia, donde se dan las grandes batallas y en tres ó cuatro años se crean los Desaix, Kléber, Bonaparte y Murat, en lugar de preferir quedarme en Nápoles á mandar una banda de calabreses medio salvajes y morir en alguna obscura escaramuza luchando contra campesinos mandados por un cardenal, hubiera ido mandando una división.

— ¿ Y á qué precio vende sus franceses el gobernador del castillo de San Telmo ?

— No al que ellos valen, aunque no es á ellos á quien yo los pago : quiere 100 mil ducados.

— ¿ Y dónde los encontraréis ? le preguntó el presidente.

— Esperad, replicó Salvato, no son 100 mil ducados, sino 200 mil los que necesito.

— Razón de más, repuso el presidente, cuando apenas tenemos diez mil en caja.

— Dadme poder sobre la vida y los bienes de diez mil ciudadanos, que os designaré por sus nombres, y mañana os traerán ellos mismos los doscientos mil ducados.

— Ciudadano Salvato, replicó el presidente, nos estáis proponiendo lo que reprochamos á nuestros enemigos.

— ¡ Salvato ! murmuró Cirillo.

— He pedido que me escuchéis hasta el fin, y no hacéis más que interrumpirme, replicó el joven.

— Es verdad, dijo Cirillo inclinándose, ¡ hablad ! ¡ hablad !

— Según todos saben, repuso Salvato, mis bienes ascienden á dos millones, en tierras y casas, en la provincia de Molise. Doy á la nación estos dos millones en heredades. Una vez salvado Nápoles, Ruffo fugitivo ó prisionero, la nación venderá mis tierras y reembolsará á los diez ciudadanos que me hayan prestado, ó más bien que le hayan prestado, á cada uno veinte mil ducados.

Un murmullo de admiración resonó entre los directores. Manthonnet estrechó en su seno al joven general.

— Pedía servir bajo tus órdenes como teniente,

dijo; ¿ me aceptarás como simple voluntario?

— Pero, dijo el presidente, mientras conduzcas tus quince mil napolitanos y tus mil franceses contra Ruffo, ¿ quién velará por Nápoles?

— Acabáis de poner el dedo en la llaga, dijo Salvato. Los patriotas se refugiarán en los fuertes y los defenderán defendiéndose á sí mismos.

— Pero ¡ y la ciudad! ¡ la ciudad! repitieron el director y el presidente.

— Hay que arriesgar ocho ó diez días de anarquía.

— ¡ Diez días de incendio, de saqueo, de asesinatos! repitió el presidente.

— Volveremos victoriosos y castigaremos á los rebeldes.

— ¿ Reedificará su castigo las casas incendiadas, reconstruirá las fortunas destruídas, devolverá la vida á los muertos?

— Dentro de veinte años, ¿ quién se apercibirá de que veinte casas han sido incendiadas, veinte fortunas destruídas, perdidas veinte existencias? Lo que importa es que la República triunfe, que si sucumbe, á su caída seguirán mil injusticias, mil desgracias, mil muertes.

Los directores se miraron unos á otros.

— Pasa al aposento inmediato, dijo el presidente á Salvato: vamos á deliberar.

— ¡ Voto por ti, Salvato! exclamó Cirillo.

— Permanezco aquí para influir, si es posible, sobre la deliberación, dijo Manthonnet.

— Ciudadanos directores, dijo Salvato al salir, recordad estas palabras de Saint-Just:

« En materia de revolución, el que no cava profundamente, cava su propio sepulcro. »

Salvato salió y esperó, según la orden que había recibido, en el aposento inmediato.

Al cabo de diez minutos, abrióse la puerta del aposento: Manthonnet se adelantó hacia el joven, le tomó por el brazo, y, conduciéndole á la calle:

— Ven, le dijo.

— ¿ Á dónde? le preguntó Salvato.

— Á buscar la muerte.

La proposición del joven patriota había sido desechada por unanimidad, menos un voto.

Este voto era el de Cirillo.